

*“Solo quisiera ser uno de los motivos de tu sonrisa,
quizás un pequeño pensamiento de tu mente durante la mañana,
o quizás un lindo recuerdo antes de dormir.*

*Solo quisiera ser una fugaz imagen frente a tus ojos,
quizás una voz susurrante en tu oído,
o quizás un leve roce en tus labios.*

*Solo quisiera ser alguien que quisieras tener a tu lado,
quizás no durante todo el día,
pero de una u otra forma vivir en ti”.*

“Lo que quisiera ser para ti”. Gabriela Mistral

*“ Para mí, el escribir era vivirse, conocerse. Escarbar y, si se escarba,
hay de todo dentro de nosotros: el criminal y el santo, el héroe y el cobarde”*

José Luis Sampedro

¿Somos dueños de nuestras decisiones o meras marionetas del destino?

LO QUE QUISIERA SER PARA TI

Como todas las noches, mientras espera sumergirse en un sueño profundo y liberador, Miguel contempla la misma fotografía descolorida y ajada. Repasa cada detalle que se sabe de memoria. Le asaltan los recuerdos. Al mirarla vuelve a sentir, a vivir, a sufrir irremediablemente el ayer. Apenas se reconoce junto a Clara que esboza una tímida sonrisa. Todo era tristeza y melancolía. Estaban en la fiesta de fin de curso.

La imagen de Clara atraía como si de un potente imán se tratara. De una belleza poco común, siempre llamaría la atención. Alta, de piel morena, aceitunada; un pelo negro, largo, brillante; una boca grande, carnosa, de sensuales labios y unos maravillosos ojos negros, rasgados, de mirada profunda, turbadora, intensa y a la vez triste y perdida, como extraviada en algún lejano lugar. Para Miguel su mirada siempre sería un momento mágico; un escalofrío que traspasaba todos y cada uno de los poros de su piel produciéndole una mezcla irresistible de dolor, pero también una inmensa felicidad. Solo deseaba que ese momento se hiciese eterno. Cuando Clara le miraba, se sentía perturbado, confundido, con una sensación que le dominaba y le obligaba irremediablemente a mirar hacia otro lado. Nunca pudo resistir el poder de su mirada que lo enloqueció desde el mismo momento que la conoció. Jamás olvidaría la primera vez que la vio. Estaban Rafa y él en la Facultad y era el primer día de clase. Rafa era su amigo desde que eran unos niños, estudiaron juntos en el instituto y compartían además de una gran amistad, una profunda vocación. Habían llegado del pueblo el día anterior. El hermano de Rafa ya les tenía preparado un minúsculo piso de alquiler. Se sentían ilusionados, cargados de sueños, de curiosidad y de ansia de conocimientos. Amaban la medicina con pasión. Querían ser médicos.

Miguel procedía de una familia humilde. Su padre trabajaba en el campo labrando una tierra que no era suya. Era un hombre inteligente, inconformista, justiciero, bohemio, soñador, un alma sana, quizás algo cándida, una buena persona que veía pasar la vida con algo de desánimo y una cierta frustración esperando un milagro que no llegaría y sabiendo, aunque le costase asumirlo, que la vida seguiría su curso con la naturalidad a que lo tenía acostumbrado. Sin embargo, esta situación iba a cambiar bien pronto de una manera imprevista además de triste y muy dolorosa para él. El abuelo, que siempre había disfrutado de una salud de hierro, murió de forma inesperada. De pronto se le vendría encima, además

de todo el dolor del mundo, esa sensación de orfandad, de pérdida, de desamparo que ya siempre le acompañaría. No sabía él que el destino le tenía reservado si no una sorpresa, sí un cambio en su vida y lo que vendría a ser el germen de una sencilla felicidad.

El abuelo poseía una pequeña huerta en la que desde pequeño trabajó con muchas ganas, pero sobre todo con una tremenda ilusión. Los productos que cultivaba y luego vendía en el mercado, le proporcionaban un modesto sustento diario y lo más valioso en su vida, le iban a permitir a un espíritu libre como él era y como después lo sería su hijo, vivir con la libertad de no deberse a nadie. Nunca anhelaría nada más.

Con el enorme vacío de su ausencia, el padre de Miguel no tuvo más remedio de un día para otro, que ponerse a trabajar en la huerta. El tiempo demostraría que esa tierra, más que una herencia sería el más valioso de los regalos que el abuelo le pudo hacer. Pronto se percataría de lo que significaba trabajar una tierra que era suya, él que siempre había trabajado una tierra de otro. Por primera vez en su vida, era su propio dueño y el dueño de su tiempo; aunque esto llevara implicado el trabajar todos los días del año sin descanso y el duro madrugar para ir al mercado.

Empezaría a sentir una plenitud, una tranquilidad, a tener una paz en su alma huérfana que ya siempre transmitiría a quien le conoció. Nunca anhelaría nada más.

Esta modesta economía se vería reforzada, tímidamente al principio pero con cierta holgura después, con la ayuda de su esposa. La madre de Miguel, debido a sus dotes de buena costurera, pasó de aportar una mínima cantidad de dinero al vivir diario de la familia haciendo arreglos de ropa a domicilio, a montar un pequeño taller de costura con dos empleadas a su cargo y con unos ingresos que dependiendo de las fechas del año, llegarían a ser más que considerables. Era una mujer con una imaginación y una creatividad desbordantes; una soltura y una habilidad que le permitían casi sin esforzarse, plasmar primero en papel y luego en la tela, los más atrevidos vestidos que veía en cualquier revista. Más que sus habilidades con la aguja, venían a ser sus ideas avanzadas y modernas, su originalidad, lo que hacía que sus diseños además de elegantes, derrocharan personalidad. Este don con el que la naturaleza le había dotado, muchas veces más que hacerla feliz le generaba frustración. Sus clientas, que al principio eran

solo sus vecinas y conocidas del pueblo, ni le pedían y ni mucho menos se dejaban convencer para que les hiciese *esos modelitos*, como llamaban ellas a sus creaciones. Ya fuese por su físico, por su bajo nivel económico, por la rutinaria y monótona vida social que llevaban o por su falta de personalidad, le pedían solo ropa que fuese discreta, que no pasara de moda y que viniese a durarle varios años. Sería por feria o para alguna boda cuando se permitirían algo más sofisticado, dejándose influir entonces tímidamente por sus consejos e ideas. Con el tiempo su fama se extendería a los pueblos vecinos, llegando incluso a ser conocida en la capital. Sus trajes de novia serían muy solicitados, proporcionándole pingües beneficios y lo que era más importante para ella, la hacían feliz, con un placer que vendría a matarle el gusanillo creativo, alimentaría su orgullo y hacía que olvidara aunque fuese de manera momentánea, la frustración del día a día.

En este ambiente humilde, tranquilo y libre, cargado de inquietudes y de ideas, se desarrolló la infancia de Miguel. Sus padres intentarían bien pronto hacerle ver que se podía ser feliz transformando el mundo a través de su trabajo, la importancia de la dignidad, del trabajo en silencio y de la grandeza de lo pequeño. Aprendería de ellos la lealtad a los ideales, el valor del esfuerzo, la lucha por una utopía. No habían recibido estudios pero creían en la educación como el arma más poderosa para mejorar el mundo. Nunca escatimarían medios para darle una formación, pensaban que la cultura le daría la libertad.

No habría de pasar mucho tiempo para que se diesen cuenta de que su sueño en común apuntaba con hacerse realidad.

Miguel, cuando todavía no levantaba un palmo del suelo, empezó a mostrar un carácter, una personalidad y un poder de fascinación que no dejaban indiferentes a propios ni a extraños. Nunca fue lo que se dice un niño guapo, era más bien normalito y algo endeble de cuerpo. Pero conforme fue creciendo, todo en él fue cambiando, de manera que a los quince años era alto, robusto pero musculoso, ágil y corpulento como un atleta. Atractivo más que guapo, con un pelo moreno muy rizado, tenía unos grandes ojos de un color verde esmeralda que llamaban la atención. Acostumbrado a echarle una mano a su padre en el trabajo de la huerta, tenía unas manos recias, fuertes, poderosas y al mismo tiempo sensibles, delicadas, manos de esforzado campesino pero también de finísimo orfebre o de experto

cirujano. De amena conversación, sin resultar cargante; inteligente y con un sentido del humor ágil y agudo; casi todos le admiraban y más de uno lo envidiaba. Pero él sabía manejar cualquier situación con naturalidad dando ya muestras de autentico líder. Pronto sus profesores se darían cuenta de su extraordinaria inteligencia, de su exquisita sensibilidad, su capacidad y sobre todo su enorme potencial, lo que unido a las ideas y a las expectativas que sobre él tenían sus padres, le auguraban un futuro más que prometedor.

Los años en el instituto serían muy importantes en su vida, ayudándole además de a conocerse a sí mismo, a orientar su futuro. Poco a poco iría creciendo en él una autentica pasión por estudiar Medicina, por ser médico y por lo que representaba la profesión. Le obsesionaba y le maravillaba a la vez el sentido, la esencia de la medicina, que no era otra que el ser humano, único y con un universo por descubrir. Conforme fue avanzando en los estudios y luego al ejercer la profesión, nunca tendría dudas de que había elegido la carrera adecuada.

Nunca olvidaría Miguel la primera vez que vio a Clara. Fue en la Facultad y era el primer día de clase. Rafa y él habían llegado temprano, con tiempo suficiente y estaban ya sentados en la segunda fila del aula, el que sería su sitio para todo el curso. La vería avanzar desde la entrada de la clase hacia ellos con aire decidido. De una belleza poco común; con un andar firme y seguro, quizás algo agresivo; iba acompañada de una chica muy guapa que posiblemente hubiese llamado la atención por sí sola si no fuera porque resultaba totalmente eclipsada por ella. Iba vestida con una escueta camiseta, ceñidos pantalones vaqueros y unas zapatillas de deporte que ya siempre formarían parte de su personalidad, Clara emanaba distinción y feminidad. Al pasar por su lado sus miradas se cruzarían fugazmente. Fue la primera vez que Miguel sintió ese escalofrío, esa sensación mágica; esa mirada profunda, turbadora, intensa, pero también triste y como perdida. La presencia de Clara lo sacudió por dentro y fue como si la tierra temblase bajo sus pies. Ya nada volvió a ser como antes.

Se sentaron en la primera fila, delante de ellos, en el que ya sería su sitio para todo el curso. De una manera natural, espontánea, nada forzada, Clara se volvería hacia él y le habló como si ya se conocieran pero no se hubiesen visto desde el curso anterior. A pesar de su aspecto algo agresivo, resultaba una

mujer dulce, de trato afable, de conversación amena. A partir de ese día se establecería entre ellos una inesperada corriente de curiosidad mutua, una creciente atracción que los hacía buscarse en los descansos entre las clases solo para intercambiar algunas palabras. Cada vez más a menudo y como si de una casualidad se tratase, se retrasaban a la salida de clase solo para quedarse un rato más con el pretexto de resolver alguna duda sobre lo explicado en clase o consultar los apuntes.

A las pocas semanas Miguel se dio cuenta que no podía quitarse a Clara de la cabeza, tanto era así que tuvo que reconocer que se levantaba más temprano solo para llegar a la Facultad con el tiempo suficiente para esperarla escondido en el aparcamiento, entre los coches. Todos los días la veía llegar en su pequeño utilitario rojo acompañada de su amiga. Era entonces cuando, intentando que nadie se percatase de su verdadera intención, echaba a correr, llegaba a clase como si tal cosa y se sentaba en su sitio, donde ya le esperaba Rafa entre intrigado y sorprendido, solo para verla entrar, atravesar la clase, pasar por delante suyo y sentarse en su sitio.

A menudo, estando en clase, Clara lo sorprendía volviendo la cabeza en un gesto de complicidad. Había en sus ojos algo tan agradable que Miguel no podía remediar el sentirse inconscientemente feliz, por más que quisiese controlar las mariposas que de manera imprevista y desconocida para él empezaban a revolotear por su estómago y el volar alto y libre de sus pensamientos que lo transportaban en ese momento al mismísimo paraíso. Las tardes y sobre todo los fines de semana empezarían a hacérseles interminables solo pensando en ella, añorándola. Echaba de menos su voz; su sonrisa; sus manos que eran tan bonitas y que tanto le gustaban al tomar apuntes o cuando cogía el bolígrafo; la forma que tenía de retirarse el pelo detrás de la oreja; como se pasaba la lengua por los labios después de beber el café de media mañana o su manía de girar el único anillo que siempre llevaba en el dedo anular de la mano derecha mientras hablaba. Tuvo que admitir que se había enamorado de ella.

Pronto empezaron a crecer los rumores, los comentarios entre sus compañeros de clase sobre su relación con Clara. Le felicitaban por ser el elegido de una chica como ella. Rafa vendría a sacarlo del limbo donde él se sentía flotar.

Clara pertenecía a una acaudalada familia de amplia tradición en las altas esferas de la sociedad local. Vivía en un barrio residencial y elitista a las afueras de la ciudad, en un amplio chalet con piscina, pista de pádel y un cuidado jardín. Desde su nacimiento siempre viviría a la sombra de su influyente padre don Ignacio Álvarez y Díaz- Rendueles.

Don Ignacio era un reputado médico internista; catedrático de la Facultad de Medicina y Jefe de Servicio de Medicina Interna del hospital local, unos de los más importantes del país; pero sobre todo era el alma máter, el accionista mayoritario y el director de la clínica privada más importante de la ciudad, cuya fama, prestigio y honorarios eran conocidos allende de nuestras fronteras. Este variado y exitoso currículo le iba a brindar la oportunidad de ser el médico de cabecera de personajes influyentes y sobre todo muy poderosos.

Con un físico de gran envergadura, don Ignacio era un hombre quizás excesivamente alto; moreno; de grandes ojos negros, rasgados, de mirada profunda, fría, altiva y distante. Más bien parco en sonrisas, su voz resultaba engolada, sus modales corteses y refinados y su porte señorial, casi aristocrático. Siempre impecablemente vestido, destilaba seguridad, dominio y saber estar. De carácter ultraconservador y muy religioso, su exquisita educación se podía trastocar en un segundo en soberbia, en ira o en sutil desprecio hacia quien simplemente osara por un momento llevarle la contraria, haciendo que el atrevido infeliz que tuviera tal atrevimiento, se retirase discretamente manteniendo con él una distancia de varios metros el resto de su vida. Con un futuro profesional más que resuelto y como una maniobra más para reforzar su poderío social y económico, ya bien dotado desde la cuna, don Ignacio contrajo matrimonio sin apenas conocerla y tras escasos meses de relación con Carmen Muñoz Casamayor. Carmen era la hija mayor de un íntimo amigo de su familia, prestigioso abogado y rico terrateniente consorte. Si este breve noviazgo hubiese sido algo más largo, don Ignacio Álvarez y Díaz-Rendueles, se hubiese percatado de que Carmen era una mujer de carácter, de ideas propias, diferentes y algo peculiares que la hacían ser distinta y con una fuerte personalidad, cualidades que chocarían con la mentalidad de su época y de su círculo social más cercano. Carmen Muñoz Casamayor era independiente, culta, amante de la lectura, del cine y del teatro, que nunca se doblegaría a dedicarse solo a lo que entonces se llamaban “sus

labores”. Su inteligencia y su sensibilidad la hacían sentirse frustrada, aburrida, con una vida que ella sentía desperdiciada al servicio y a la sombra de la carrera de su marido. Al año de casados, tras un embarazo muy complicado, tendrían una preciosa niña, una verdadera hermosura. Don Ignacio le pondría el nombre de Clara en honor a su madre a la que adoraba.

Sabiendo que no tendrían más hijos, desde el mismo día de su nacimiento, Clara sería la única razón de vivir de don Ignacio que nunca la vio como el hijo varón que tanto anheló y que no llegaría a tener, sino como su tesoro máspreciado, como la joya más brillante y maravillosa de esa estela de éxitos, de fama, de reconocimientos y sobre todo de poder que sostenía y coronaba su vida. La educó a su imagen y semejanza para que fuese una prolongación de sí mismo y soñaba con darle un futuro maravilloso. Un futuro por supuesto ideado, preparado y planificado a su voluntad.

No tuvo que hacer mucho esfuerzo. El discurrir de la vida de Clara siempre sería como el que se desliza por un mullido y confortable tobogán y va a caer invariablemente en un amplio y seguro colchón de plumas. Siempre a la sombra de su adorado padre al que escuchaba como si fuese el amo de la verdad, su guía y su profeta. Se identificaba en todo con él, le defendía, le justificaba si hacía falta, se entendían con una sola mirada y la sola idea de llevarle la contraria le provocaba una ansiedad indescriptible. Como no podía ser de otra manera Clara estudiaría la carrera de Medicina, sería médico como su padre, aunque siempre fue una pésima estudiante. Nunca le gustó estudiar y jamás llegaría a sentir algo parecido a tener vocación.

Toda una vida diseñada para ser vivida sin esfuerzo, sin sobresaltos y con la tranquilidad del que no tiene que luchar por nada porque ya lo tiene todo. Ese todo se llamaba don Ignacio Álvarez y Díaz-Rendueles, un potente asidero al que agarrarse para sobrellevar los insignificantes y pequeños vaivenes de su vida con total relajo y sin tener que pensar. Lástima que Clara, demasiado tarde, tomaría consciencia de que había disfrutado de una vida regalada, pero en cambio se había perdido lo más importante, lo más valioso, la verdadera esencia, el sentido de su existencia. Pero ya sería demasiado tarde.

En esta relación tan especial entre padre e hija, Carmen, la madre de Clara, nunca se sintió débil o una extraña ante tan potentes aliados. Aceptaba que la gran afinidad de caracteres entre ambos, que chocaría frontalmente con su mentalidad y su visión de la vida, les hacía ser inseparables y jamás intentó atraerse ni obtener los favores de su hija. La solidez de los lazos que las unían, siempre fueron bastantes débiles y las diferencias insalvables. No era cuestión de luchar contra la naturaleza.

Cuando Miguel supo quién era Clara, en realidad un secreto a voces que corría por toda la Facultad, fue como despertar bruscamente de un maravilloso sueño. Era un sueño en el que estaban los dos juntos en un mundo lejano y feliz, lleno de paz, de pasión y de vida; solos el uno para el otro. Sin embargo, no era Clara quien estaba con él cuando despertó, sino una desconocida, una extraña. Sus ilusiones rotas, su candidez, su ingenuidad, su falta de madurez, le hicieron sentirse como un estúpido idiota. Era algo tan incomprensible que rallaba lo patético.

¿Cómo pudo estar tan ciego y dejarse llevar por un encantamiento, hechizado y seducido solo por su mirada y quizás por la ilusa pretensión de ser correspondido? Por más que él lo deseara, Clara con sus gestos y con sus palabras, siempre le demostró solo el afecto, la cercanía y la ternura propia de alguien a quien se le tiene mucho cariño. Triste y cruel realidad, ya no estaban los dos en ese mundo lejano y feliz del sueño, solo estaba Clara, no había sitio para él. Habría de pasar mucho tiempo todavía. Miguel y Clara volverían a su maravilloso sueño. Pero ya sería demasiado tarde.

Durante días, durante semanas, meses y años, Miguel sufriría un enamoramiento unilateral, desequilibrado y obsesivo; una pasión a ciegas. Clara se transformaría poco a poco en una verdadera obsesión, en un pensamiento persistente e irracional, que lo dominaría invadiendo su conciencia hasta los más recónditos rincones, aniquilando su voluntad y produciéndole tal grado de ansiedad, de malestar físico, de tristeza y de melancolía que ya toda su personalidad se resentiría con el paso del tiempo, llegando en multitud de ocasiones a dudar de sí mismo, sintiéndose culpable y sufriendo vergüenza y sobre todo miedo.

Su vida, su día a día, empezaría a depender, a estar tan irremediabilmente unido al de ella que solo el hecho de que Clara se retrasase al llegar a clase, le iba a producir un nerviosismo, un estado de ansiedad

y una inquietud desmesurada con solo pensar que ese día no pudiese estar con ella. Cuando la veía entrar sentía como si de nuevo la sangre le corriera por las venas, los pulmones se le llenaran de aire y el corazón volviese a su sitio después de amenazarle con salirse por la boca.

Durante los fines de semana y en vacaciones la imagen de Clara viviría en su mente, de día y de noche, a solas y acompañado. Su pelo negro; sus ojos grandes; su mirada profunda, triste y pérdida; sus manos sobre el papel; su lengua sobre sus labios; su andar firme y seguro; su voz; su manera de hablar, su figura con aquellos ceñidos pantalones vaqueros, toda ella estaba con él, vivía con él, poseyéndolo y absorbiéndolo no solo cuando estudiaba, impidiéndole concentrarse y haciendo que más de una tarde la pasase tendido en el sofá mirando al techo sin fuerzas ni para moverse, dándole tantas vuelta a la cabeza que acabaría agotado, rendido; sino también cuando hablaba con alguna compañera porque todas tenían su mismo pelo, sus mismos ojos, sus mismas manos, todas eran Clara, teniendo que hacer un tremendo esfuerzo para poder mantener la más intrascendente de las conversaciones con cualquiera de ellas; pero sobre todo lo poseía cuando dormía.

Clara habitaba en sus sueños de una manera real, diáfana, radiante y luminosa, añorando cada noche la hora de sumergirse en el más placentero de los sueños solo para estar con ella y temiendo el terrible momento, el angustioso instante en que el encantamiento se desvanecía, transformándose en una cruel pesadilla en la que Clara desaparecía para siempre dejando tras ella solo una estela de luz y la magia de su mirada. Miguel se despertaba entonces como el que regresa del mismísimo infierno, asustado, temeroso y sudando por todos los poros de su piel, con la cabeza a punto de estallarle y sin saber ni dónde estaba. Estas pesadillas se harían cada vez más frecuentes y más de un día a duras penas podía levantarse de la cama para ir a clase, preso de un tremendo dolor de cabeza y con una opresión en la boca del estómago que le impedía probar el más mínimo bocado.

Recordaba haber tenido en el Instituto alguna historia con compañeras pero nada parecido a lo que estaba viviendo. No sabía que podía llegar a doler tanto.

¿Qué le estaba pasando? Se preguntaba millones de veces delante del espejo, era algo irracional que lo bloqueaba dominándolo. Fue entonces cuando empezó a tener un sentimiento hasta ahora desconocido

para él, empezó a sentir miedo; pero no miedo a Clara; sino miedo a sí mismo, a sentirse prisionero y rehén de sus sentimientos, a no ser dueño de sus actos que escapaban a su control. Era tal su estado que a veces creía que iba a volverse loco.

La primera vez que sería consciente de que la locura podía hacerse realidad, fue una mañana que estaba esperando a Clara en el aparcamiento, escondido entre los coches. La vio llegar y bajarse de una potente motocicleta de gran cilindrada, pero su inconfundible figura no iba sola. Iba acompañada de un joven alto, de pelo engominado, muy atractivo y algo chulesco que andaba como si levitara a tres metros del suelo y que tenía la mirada de estar perdonando la vida a medio mundo. Era un guaperas pijo y estirado que con una gran seguridad y dominio, cogió a Clara de una mano y como si llevase la mismísima copa del mundo de motociclismo, entró con ella a la Facultad exhibiéndola triunfante y vencedor. Miguel no lo sabía pero el pijo en cuestión se llamaba Javier Aranda Martín y era el novio oficial de Clara. Abogado, hijo y nieto de abogados, había terminado la carrera con un desastroso expediente académico y venía de haber realizado un par de máster en una elitista universidad norteamericana. Con las puertas del prestigioso bufete familiar esperándole abiertas de par en par y relacionado con lo mejor de la clase dirigente, estaba llamado a convertirse en el marido de Clara. Por supuesto con el beneplácito y todos los parabienes posibles de don Ignacio que lo consideraba el candidato ideal.

Lo que Miguel sintió al ver esta escena fue como si una potente garra le devorase de pronto las mismísimas entrañas. Era un dolor tan penetrante en el pecho que amenazaba salirle por la espalda, acompañado de un malestar y de un sudor frío que impregnaba hasta el último centímetro de su piel. Tuvo que volver al piso dando tumbos y mareado, en un estado deplorable. La situación alcanzó tal magnitud que estuvo dos días en la cama sin poderse levantar a punto de enloquecer de celos y de rabia. Se miraba en el espejo y no se reconocía, no era él. A su torpeza para dominar su esperpéntica situación, se le iría sumando una sensación cada vez más grande de culpabilidad; de cobardía; de vergüenza de sí mismo y de miedo al fracaso. Los remordimientos empezarían a no dejarle vivir.

Sus ilusiones, sus sueños, su amor por la medicina, su ideal de ser un gran médico, todo por lo que tanto había luchado empezaba a tambalearse y amenazaba por derrumbarse y caer; y todo por su inmadurez,

por su estupidez, por su candor, pero también por su falta de pundonor, por su incapacidad para manejar la situación, él, que era la admiración de todo el mundo por su inteligencia, su sensibilidad, su dominio, su entereza y su madera de líder. Se sentía indigno del apoyo y de la confianza que habían depositado en él sus padres y profesores. Se sentía sucio y vacío. Con unos remordimientos que le roían el alma.

Deseaba fervientemente que llegaran las vacaciones para regresar al pueblo. El volver a su casa le permitía recuperar sus raíces, retomar el contacto con sus padres, con sus amigos y vecinos. Un entorno que formaba parte determinante de su formación como persona. Allí cambiaba la rutina, volvía a los paisajes cotidianos, recobraba sus hábitos de vida y tomaba el oxígeno necesario para replantearse su vida, sus proyectos y sus metas. Pero Clara era una obsesión que seguía viviendo con él. Había veces que hubiese necesitado gritar su nombre.

Con sus padres trataba de que nada enturbiase la relación tan feliz y tan limpia que siempre había tenido con ellos comportándose con la mayor dignidad posible y sin que trascendiera el infierno y la desolación que vivía por dentro. Serían el refugio al que acudir en los momentos difíciles, recibiendo siempre su apoyo incondicional y desinteresado. Sabía que no se lo merecían. Le habían dado todo, sembrando su vida de inquietudes y de ideas, le enseñaron a luchar por una utopía y a creer en sí mismo, pero sobre todo le dieron los mimbres para conseguir la libertad, para que fuese un ser libre. No podían saber que vivía atormentado, esclavo de una obsesión, esclavo de sí mismo.

Era su cobardía lo que le atormentaba, su incapacidad evidente para echarle coraje, para ser honesto consigo mismo, salir al mundo por Clara y pelear por ella, no perder la guerra sin ni siquiera salir al campo de batalla. Era un idiota por no aprovechar la oportunidad, por no vivir una experiencia que no se repetiría. Tenía la certeza de que jamás ninguna mujer le llegaría tan hondo y con tanta fuerza.

Había veces que descubría en Clara gestos espontáneos que se escapaban de ella, una oculta ternura que luchaba por salir y que la traicionaba. Eran momentos de inmensa felicidad en los que Miguel sentía deseos de besarla, de buscar su cuerpo bajo su ropa, creyendo ver a la mujer enamorada que se le entregaba. Cuando sus miradas se encontraban había un pozo sin fin de ilusión entre ambos, destellos de dicha, palabras que se quedaban suspendidas en el aire; parecía entonces que el abismo que existía entre

ellos se hacía minúsculo o inexistente. Sin embargo este abismo existía y amenazaba con hacerse insalvable. Era entonces cuando Miguel sentía las terribles tenazas del miedo, miedo a sufrir, miedo al rechazo, miedo al fracaso, miedo a no ser correspondido. Miedo a equivocarse. Miedo a que antes o después pudiera hacerle daño.

Los días, los años pueden hacerse muy cortos o muy largos en función de mil cosas. Miguel deseaba fervientemente terminar la carrera y creía, iluso de él, que el dejar de ver a Clara liberaría su mente de su presencia constante, obsesiva. Por fin volvería a ser él mismo, lo superaría y su carácter no se resentiría.

Quería hacer la especialidad de Medicina Interna en el Hospital de la ciudad, uno de los más importantes del país; confiaba en sacar una buena nota en el examen de M.I.R que le permitiese poder hacer la residencia allí. Sabía que Clara había estudiado Medicina por contentar a su padre. Ni tenía vocación para ser médico ni nunca ejercería la profesión. Una vez terminada la carrera pasaría a ser su mano derecha en la dirección de la clínica privada más importante de la ciudad, de la que él era el dueño y señor. Su presencia, además de revestir a la clínica de clase y glamour, vendría a incrementar su fama y su enorme prestigio.

Pero el olvidar a Clara sería una quimera, una utopía que jamás se haría realidad.

Un día, prácticamente terminado el último curso, Clara sorprendió a Miguel con la propuesta de querer presentarle a su padre. Estaba segura de que iba a obtener una excelente nota en el examen de M.I.R. lo que le posibilitaría el hacer la especialidad en el servicio del que su padre era jefe.

Fueron recibidos en su despacho por un don Ignacio que después de darle un cariñoso beso a su hija, se dirigió a Miguel, del que ya tenía referencias, con la cortesía y la exquisita educación habituales en su comportamiento. Clara se refirió a él como *a ese compañero del que tanto le había hablado*. Miguel, aun sintiendo su mirada profunda, fría, altiva y distante, creyó sin embargo ver un cierto atisbo de curiosidad, de sorpresa y de interés. Parecía como si Don Ignacio llevase mucho tiempo queriéndole conocer y al hacerlo se hubiese llevado una buena y grata impresión, transformando imperceptiblemente y solo de manera fugaz su habitual semblante, más bien parco en sonrisas, con un gesto que venía a ser algo así como una pequeña demostración de afecto. Clara le había hablado de él en

multitud de ocasiones. Pasando de puntillas por el tema de su origen humilde, siempre se deshizo en elogios hacia su persona. Desde el profundo respeto que le inspiró el primer día que le conoció impresionada por su saber estar, por su seguridad y su dominio; hasta la admiración hacia él, que no hacía más que crecer día a día al ver su empuje, su fuerza de voluntad, su coraje, sus ansias de superación, su madera de auténtico líder, su profunda y segura vocación y su gran amor por la medicina. Sería un gran médico.

Don Ignacio, al que no se le escapaba un detalle, tuvo un presagio, un rápido augurio del tremendo potencial que poseía Miguel y de cuanto podía beneficiarse su Servicio de tener entre ellos a un profesional de tal categoría. Era toda una promesa en ciernes a la que no se la podía dejar escapar.

Pero sobre todo, durante el transcurso de la conversación, lo que no le pasó desapercibido era la forma en que Miguel miraba a Clara, era pura adoración. No había que ser un lince para darse cuenta de que estaba enamorado de ella. Pero don Ignacio conocía bien a su hija, con una sola mirada se entendían. Confiaba plenamente en que sabría estar a la altura de las circunstancias.

Transcurridos escasos meses después de acabar la carrera con un magnífico expediente, Miguel concurriría al examen de M.I.R. para hacer la especialidad. Acudió tranquilo y confiado. Había estudiado con ahínco, con firmeza y tesón, se sentía preparado y seguro. Sabía que tenía muchas posibilidades de sacar buena nota. Como así fue.

Obtuvo una calificación excelente que le permitió iniciar la residencia en el Hospital de la ciudad, en el Servicio de Medicina Interna. Quería ser un gran médico internista, el mejor. Sus sueños cada día estaban más cerca de hacerse realidad.

Los años de la residencia en el Hospital serían fundamentales en su vida.

Cada día que pasaba era la confirmación de que había elegido la carrera adecuada. Su profunda vocación fue absorbiéndolo con tal intensidad que al tiempo dedicado a los pacientes, siempre demasiado escaso para tanto como tenía que aprender, se le vendrían a sumar las muchas horas del día destinadas a estudiar, a preparar casos clínicos y a la realización de cursos complementarios, con lo cual su vida personal pasaría a un segundo plano, un poco al margen dominada por su vida profesional. Pero

esto no quería decir, ni mucho menos, que hubiese alejado de su pensamiento a Clara. No la había vuelto a ver desde el día en que le presentó a su padre y sin embargo ella seguía viviendo su mente. Todos los días iba al Hospital con la esperanza de encontrársela.

De día o de noche, estuviese solo o acompañado, explorando a un paciente o estudiando en la biblioteca, en cafetería o en clase; su pelo, sus ojos negros, su mirada profunda y turbadora, sus labios carnosos, su sonrisa, su voz, su cuerpo, toda ella vivía tan profundamente en él, que llegó a sentir su presencia de una manera real y auténtica. La oía respirar, percibía el aroma de su perfume, oía su voz, y llegaría a confundirla a veces con alguna compañera que veía por los pasillos, haciendo que saliese corriendo ilusionado tras ella para sufrir después una tremenda desilusión al comprobar una y otra vez que no era Clara. Se sentía entonces ridículo, patético y dolorosamente cobarde.

Casi todas las noches soñaba con ella. Unas veces era un sueño maravilloso en el paseaban los dos de la mano felices y sonrientes; al día siguiente se despertaba con una sensación tan especial de dulzura y de paz que solo quería volver al sueño y no despertar jamás. Pero muchas noches tenía aterradoras pesadillas en las que paseaba con ella de la mano, felices y sonrientes. De pronto Clara soltaba su mano y corría sola, despavorida y horrorizada. Él intentaba entonces correr tras ella pero alguien se lo impedía con una fuerza desmedida agarrándolo de los brazos. Era una fuerza titánica que lo aferraba desde atrás inmovilizándolo. Miguel se revolvía una y otra vez para saber quién era, pero no había nadie, solo encontraba una profunda oscuridad. Para entonces Clara había desaparecido. Se despertaba empapado en sudor, tembloroso, atemorizado y con un terrible dolor de cabeza que le duraba todo el día siguiente.

La confirmación de que su obsesión por Clara le seguía dominando la iba a tener cuando solo le faltaba un año para terminar la residencia.

Una mañana, estando en la cafetería, casualmente escucho el comentario de un compañero del servicio. Por lo visto, últimamente Don Ignacio estaba muy ocupado con los preparativos de la boda de su hija que se celebraría el sábado de la semana siguiente. Solo con oírlo sintió que el mundo entero se le venía encima y hubiese querido que el suelo que pisaba se abriese bajo sus pies tragándose hasta las mismísimas profundidades del infierno. Solo quería desaparecer, que se lo tragase la tierra.

Como un verdadero autómatas y llevado por la más pura inercia, continuó su rutina diaria en el Hospital, hundido ante el hecho de tener que enfrentarse a un acontecimiento que llevaba años esperando que se hiciera realidad, pero que nunca soportaría.

Clara se casó una tarde de sábado. Sería un auténtico acontecimiento social al que asistirían cientos de invitados, entre ellos innumerables personalidades influyentes a nivel nacional. Tal categoría tendría el evento que incluso algunas revistas de la prensa rosa le dedicaron varias de sus páginas, informando de ello con todo lujo de detalles.

Miguel vería las dos fotografías de la boda que publicó el periódico local al día siguiente. En una de ellas aparecía Clara del brazo de su padre y padrino entrando en la iglesia. Clara estaba bellísima, más guapa que nunca, pensó Miguel. Sin embargo, en el día que se suponía que iba a ser el día más feliz de su vida, su mirada resultaba más triste que nunca. Parecía estar ausente, como si ella no fuese la protagonista principal de esa película que iba a ser su boda. A su lado, Don Ignacio era la felicidad personificada. Llevaba de su brazo a su tesoro más preciado, su joya más valiosa y la exhibía con orgullo y soberbia como el gran triunfo de su vida. En la otra fotografía, Clara salía ya de la iglesia del brazo de su flamante marido, que no era otro que Javier Aranda Martín, el pijo con el que un día la vio llegar a la Facultad subida en una motocicleta de gran cilindrada y que hoy chulesco y estirado miraba a la multitud que los esperaba simplemente como si les estuviese perdonando la vida.

Después de vivir momentos de angustia, instantes de nerviosismo y de sufrir un punzante dolor en el alma, o sea después de recibir el aguijón envenenado de la realidad, Miguel se sumiría en una tristeza profunda y oscura, en una ola negra de abandono y pena. Por primera vez se concienció que era el final, que se apagaban esos pequeños destellos de esperanza que aún albergaba en los más profundos rincones de su alma. En su profunda tristeza, en su pena, deseaba lo mejor para Clara, deseaba su felicidad, aunque sabía que ella no era feliz, ni lo sería nunca. Estaba seguro de que no estaba enamorada de aquel imbécil, que no era sino una pieza más del sólido armazón que sostenía su vida.

Sin embargo, por primera vez en su vida, don Ignacio no había estado muy afortunado en la elección de dicha pieza que, por otra parte, estaba llamada a tener una importancia capital en la vida de Clara.

Tres meses después de la boda, una noche de verano, Javier Aranda Martín conduciendo su Mercedes último modelo, se distrajo o pisó más de la cuenta el acelerador. El caso es que el coche se saltó la mediana de la autopista y dio varias vueltas de campana quedando totalmente destrozado y el conductor muerto en el acto. También falleció en el acto su acompañante, una compañera del bufete. Al parecer, venían de preparar un juicio. Era un sábado de madrugada del mes de Agosto.

Cuando Miguel conoció la noticia, que corrió como la pólvora por todo el Hospital, quiso llamar a Clara e incluso pensó en ir a la Clínica para verla y hablar con ella. Más que el hecho de querer, sabía que tenía que ir, tenía que estar con ella. Pero lo cierto es que no podía. No pudo hacerlo; algo bloqueaba su voluntad, anulándola y hacía que se sintiese además de como un cobarde, como una mala persona. Ese algo se llamaba miedo. Miedo a sufrir, miedo a que le hiciera daño.

Los años de residencia pasarían rápidos. A Miguel se le abría un futuro ilusionante y lleno de posibilidades. Era médico especialista en Medicina Interna con un expediente inmejorable y una actividad asistencial e investigadora que rozaba la excelencia. Bagaje que nunca pasaría desapercibido, siendo un aval más que suficientes, pensaba él, para conseguir trabajo en cualquier hospital. No le iba a faltar razón. Pero también la discreta y eficaz ayuda de Don Ignacio, que en el fondo siempre le profesó una profunda admiración y un gran respeto, vendría a sumarse a su favor para conseguir una plaza en un hospital comarcal prácticamente recién inaugurado solo seis meses después de terminar la residencia.

Empezaría su nuevo trabajo con ilusión, con ánimo, con ambición, con una mente cargada de proyectos y una voluntad repleta de buenos propósitos. Tendría una buena acogida por parte de sus compañeros. Todos eran jóvenes, con ganas de trabajar y con todo por hacer. En el servicio reinaba un ambiente distendido, de colaboración, que pronto le haría concebir la esperanza de lograr una estabilidad profesional que le permitiría desarrollar plenamente su vocación. Se dispuso a mirar al futuro, tenía la oportunidad de comenzar una nueva vida.

Pero él no contaba con que el pasado le tiraría inmisericorde del cuello para obligarle una y otra vez a volver la vista atrás, dándose dolorosamente de bruces con él. Se refugiaría en la rutina diaria y en las incontables guardias que realizaba para mantener su mente ocupada. Incluso inició una relación con una

compañera, lo que vendría a ser un desastre. Cada vez que estaban juntos no podía evitar las comparaciones. Se quedaba absorto mirándola, como un obseso idiota. Su pelo, sus ojos negros, su mirada profunda y turbadora, sus labios carnosos, su sonrisa, su voz y su cuerpo. Era Clara.

Era a ella y solo a ella a quien veía. Además volverían cada vez más a menudo las pesadillas en las que ella aparecía sola, corriendo despavorida y horrorizada.

Sería un día en el que fue al hospital de la ciudad para asistir a un curso, cuando creyó ver de lejos a Clara. Como ya le había pasado tantas veces pensó que todo era fruto de su imaginación, una confusión más. Pero no fue así, esta vez sí era ella y además se dirigía a su encuentro. Conforme se acercaba, Miguel tuvo la impresión de que Clara había envejecido varios años. Estaba mucho más delgada. Su cara parecía demacrada, con ojeras y su pelo sin brillo. Daba la sensación de estar muy cansada; pero sobre todo sería su andar, antaño firme y seguro y que ahora era lento y titubeante, como si cargara un pesado fardo sobre su espalda. Parecía estar al límite del agotamiento.

Fruto de su profundo desconcierto, no se percató de que Clara empujaba una silla de ruedas en la que iba una figura que de entrada no consiguió identificar, descubriendo después impresionado a quien pertenecía, era Don Ignacio. Estaba irreconocible, con una delgadez extrema; su piel presentaba un aspecto macilento y un color amarillo verdoso; apenas se podía mover. Saludó a Miguel esbozando una tímida sonrisa y tendiéndole una mano esquelética dominada por un intenso temblor. Solo conservaba del pasado su mirada fría y altiva. Clara se dirigió con su padre a una consulta donde ya le estaban esperando pero antes se volvió hacia Miguel y con voz entrecortada, apenas inaudible, le dijo que don Ignacio se estaba muriendo. Le habían diagnosticado un cáncer de hígado al parecer en un avanzado estado de extensión, no le daban ni un mes de vida. Parecía un desgraciado final para una vida tan poderosa, tan triunfante, pero tan vacía sobre todo de sonrisas. Clara no podría soportar que su padre la dejase abandonada, pensó Miguel. Estaba destrozada.

Don Ignacio murió a los quince días de este encuentro. Miguel asistió al funeral junto a otros compañeros del servicio. Fue una ceremonia multitudinaria en la que solo pudo ver a Clara de lejos. Su figura enlutada recibía las condolencias y los abrazos sin ver y sin oír, como si estuviera ausente. Miguel

se hubiera acercado para hablar con ella y demostrarle su afecto; pero lo cierto era que no podía, algo se lo impedía. No pudo hacerlo.

La muerte de Don Ignacio había dejado a Clara sola en su mundo. Había perdido su alma gemela; su pareja de baile que la llevaba de la cintura con delicadeza y con mimo, pero también con firmeza y con autoridad, en esa danza maravillosa que siempre bailaron los dos. Ella se dejaba llevar, sin pensar.

Los días siguientes al fallecimiento de su padre pasarían para Clara sin apenas darse cuenta inmersa en los trámites burocráticos. Don Ignacio sabedor de su situación había dejado todo atado y bien atado. Estuvo unos días con su madre atendiendo a los múltiples actos de condolencia, misas, homenajes y visitas de pésame que si en un principio fueron constantes, con el tiempo se fueron espaciando y acabarían por desaparecer. Ya no vendría nadie.

Clara sabía que para su madre, una mujer que había vivido su matrimonio siempre con un extraño, que se había construido una vida independiente al parecer plenamente satisfactoria y con la que ella nunca había tenido apenas relación, la muerte de su padre solo iba a suponer un punto y seguido. Su madre seguiría con su misma vida, la que siempre había llevado, la que ella se había creado.

Pero Clara también sabía que la muerte de su padre iba a suponer el punto y final de su fría y prácticamente inexistente relación con ella.

Empezó a vivir sola, con sus recuerdos. Con treinta y cinco años se iba a dar cuenta de que el mundo sin su padre era un mundo diferente o quizás era ella la que se sentía diferente en ese mundo después de su muerte. El pasado, que pensaba iba a suponer un obstáculo insalvable, una pesada losa que la mantendría bloqueada, se iba a transformar en su futuro.

Se dedicó en cuerpo y alma a la gestión de la clínica, imprimiéndole nuevos aires, modernizándola. Se descubría día a día como suelta, liberada, desprendida de esa fuerte atadura que, ahora lo sabía, la mantenía inmovilizada, atrapada, amordazada.

Quería bailar una danza maravillosa, pero la quería bailar sola y ser la reina de la pista de baile. Había disfrutado de una vida regalada pero ahora estaba segura de haberse perdido lo más importante y lo más

valioso, la verdadera esencia de la vida, de su vida, el sentido de su existencia. ¡Y ahora más que nunca se dio cuenta que se había perdido a tantas personas!

El pasado cobraba un sentido, era el futuro. En su pasado ahora solo existía él, ya no había nadie más. Ahora no había nadie más. Pero no era demasiado tarde. Había tiempo.

Con el pretexto de tratar un asunto de trabajo muy importante, lo llamo al Hospital. Notó a Miguel frío, apenas demostró la más mínima emoción ni extrañeza alguna por su llamada, le pareció como si la estuviese esperando. Acordaron una cita para el día siguiente a primera hora en su despacho. Le ofrecería el puesto de director de la clínica; pero además, y ahora ya sin ofrecer resistencia, sin sutilezas, sin ambigüedades, de manera franca y segura le entregaría su vida, le brindaría la posibilidad de iniciar una nueva vida juntos ya sin impedimentos, sin obstáculos. No se iba a reprimir nunca más. No merecía la pena. Había estado tan ciega.

Cuando Miguel al día siguiente entró en su despacho y lo tuvo frente a ella, Clara se sentiría más libre que nunca para vivir su amor, aquel amor profundo, fuerte, ciego, que la poseía y dominaba desde el día que lo conoció.

Sentada tras la mesa de su despacho estaba bellísima, radiante, esperándolo con ese gesto suyo de girar una y otra vez al anillo que llevaba en el dedo anular de la mano derecha como hacía siempre que estaba nerviosa. Con ademán decidido se levantó y se dirigió hacia él.

Miguel creyó ver en sus ojos promesas de pasión y de vida. Había en ellos una dulzura infinita de mujer enamorada, la representación de la felicidad absoluta.

De pronto Clara se le echó en sus brazos como el que busca cobijo y protección, refugiándose en ellos con delicadeza pero con el apasionamiento, con el ardor del que lleva toda la vida soñando con hacerlo; sus manos buscaban su cuerpo con desesperación, con ansia, con la libertad de no tener que reprimirse nunca más; se le entregaba por fin. Miguel le acarició la mejilla con el dorso de su mano, suavemente, apenas un roce; deslizó un dedo por sus labios carnosos que se abrían suplicantes, deseosos; con lentitud descendió hasta el cuello besándolo con parsimonia, saboreando cada milímetro de su piel.

¿Por qué Clara? ¿Por qué?

Miguel veía a Clara entrando a la Facultad, la veía el día de su boda, la veía cogiendo apuntes con sus manos que eran tan bonitas, veía sus ojos negros, su mirada profunda.

¿Por qué Clara? ¿Por qué?

Las imágenes de Clara pasaban por su mente, deslizándose muy lentamente como las hojas de un libro agitadas por una suave brisa, la brisa de la vida. Era una cruel tortura, una refinada e insoportable tortura. Miguel sintió compasión de sí mismo, pena y asco.

¿Por qué Clara? ¿Por qué?

Clara era la viva imagen del placer. Finalmente se le ofrecía, ya sin condiciones.

¿Por qué Clara? ¿Por qué ahora?

La venganza le dolía, le dolía tanto, tanto, tanto... Sus heridas ya no tendrían cura, jamás curarían.

¿Por qué Clara? ¿Por qué ahora? ¿Que será de mí, y de ti y de nosotros?

Con ambas manos, Miguel le rodeo el cuello. Esas manos que eran tan sensibles, tan delicadas, manos de finísimo orfebre, manos de experto cirujano; pero también manos recias, fuertes, poderosas, manos de esforzado campesino.

Manos que se adueñaron del frágil cuello de Clara, de ese cuello de cisne elegante y orgulloso. De ese cuello objeto de sus sueños y razón de su vida.

¿Por qué Clara? ¿Por qué ahora?

Manos que apretaban y apretaban con fuerza. Sus dedos tensos como garfios, como tenazas, apretaban, apretaban y apretaban el cuello de Clara. Miguel no era dueño de sus manos. Una fuerza ajena lo había seducido y guiado hasta aquella situación retándolo a demostrar su valía una vez más.

La venganza le dolía, le dolía tanto, tanto, tanto...

Clara abrió los ojos buscando los suyos y esperando encontrar el mismísimo paraíso. Pero solo encontró terror, espanto, el horror del infierno, la locura. Apenas opuso resistencia, apenas se resistió. La sorpresa primero y la incomprensión después, serían su frágil defensa.

Miguel salió del despacho no sin antes mirar a Clara que yacía sobre la alfombra con los ojos abiertos, sus maravillosos ojos negros, de mirada profunda, intensa, turbadora y ahora muerta. Miró hacia otro lado. Nunca pudo resistir el poder de su mirada que lo enloqueció desde el primer día que la conoció.

A través de la ventana de su celda de la prisión, Miguel contempla la noche.

Mira la fotografía, le sube a la garganta un grito sordo que se apaga, no puede salir.

Qué habrá sido de ti, Clara. Qué será de mí, y de ti, y de nosotros.

